

EDUARDO CAVIERES FIGUEROA

EL OFICIO DE HISTORiar: ENTRE PASADOS Y FUTUROS

Presentación de
Pedro Pérez Herrero

INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN
EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO

2019

ÍNDICE

	Pág.
PRESENTACIÓN. REFLEXIONES SOBRE EL PASADO, PRESENTE Y FUTURO DEL QUEHACER DE LOS HISTORIADORES, <i>Pedro Pérez Herrero</i>	11
PREFACIO.....	29
CAPÍTULO 1. HISTORIA LOCAL, HISTORIA GLOBAL. ENTRE EL PASADO-PRESENTE Y LOS RETOS ACTUALES.....	35
1. Historia local, historia universal: lo social en los caminos historiográficos	38
2. De lo local a lo global. Migraciones y desconfianzas en la historia general	45
CAPÍTULO 2. ESPACIO PÚBLICO, EDUCACIÓN E HISTORIA EN PRESENTE	57
1. Estado, espacio público y ciudadanía	65
2. Educación y decisiones públicas: el Estado	69
CAPÍTULO 3. MEMORIA E HISTORIA. A PROPÓSITO DE CELEBRACIONES: BAUMAN Y LA RETROTOPÍA.....	75
1. La historia y la «construcción» de la memoria.....	79
2. Los cambios en la historia. La revisión de la memoria y el pensamiento de Bauman	84
3. La relación con el pasado, la literatura y el pensamiento líquido	95
CAPÍTULO 4. ESTADOS-NACIÓN DEL SIGLO XIX, SOCIEDADES DEL SIGLO XXI: LA UNIÓN EUROPEA Y EL CASO DE CHILE Y PERÚ	99
1. El mundo actual.....	100

2. La realidad europea	103
3. La perspectiva latinoamericana	108
CAPÍTULO 5. LOS LUGARES DE LA HISTORIA: ¿A FAVOR O EN CONTRA DE LA LITERATURA, LA FILOSOFÍA, LA ANTROPOLOGÍA?	115
1. Historia y ciencias sociales: buenas relaciones, necesarias comprensiones	119
2. Una sociedad complicada. La vuelta al redescubrimiento de las personas	122
3. Conclusiones: alrededor de la historia.....	128
BIBLIOGRAFÍA	139

PRESENTACIÓN

**REFLEXIONES SOBRE EL PASADO,
PRESENTE Y FUTURO DEL QUEHACER
DE LOS HISTORIADORES**

Pedro Pérez Herrero
IELAT-UAH

Suele ser habitual escuchar que a finales de la segunda década del siglo XXI vivimos en una situación excepcional. Unos pensadores interpretan que estamos ante una crisis coyuntural desatada por los desequilibrios económicos de 2008 y que una vez que regresemos a los niveles de crecimiento adecuados todas las aguas volverán a sus cauces. Otros prefieren hablar de crisis civilizatoria y los más extremistas tratan de convencernos de que estamos ante el final de la vida del hombre sobre la Tierra como resultado del cambio climático. Las noticias que aparecen a diario en los medios de comunicación son sin duda inquietantes: crisis económica, inseguridad, desafección política, migraciones masivas, terrorismo, guerra, fundamentalismos religiosos, autoritarismos, populismos, separatismos, enfrentamientos internacionales, tensiones nucleares, hambre, pobreza, desigualdad, inundaciones, sequía, calentamiento global, paro, precarización, informalidad, corrupción, desilusión, humillación, resentimientos, caída de la autoestima, soledad, individualismo, ansiedad, suicidios... Es verdad que los medios de comunicación tienden a aumentar las noticias negativas (lo excepcional es noticia), pero no se puede negar que en el momento que vivimos se ha agudizado la sensación de desconfianza en un proyecto de futuro.

Debido a estos rápidos cambios, parece que nos vemos obligados a disfrutar lo máximo posible del presente —*carpe diem, quam minimum credula postero*, según expresó para la posteridad el poeta romano Horacio en sus *Odas*—, puesto que van menguando las seguridades del pasado y el porvenir se antoja incierto. No obstante, debemos recordar que estas sensaciones de excepcionalidad han sido habituales a lo largo de los siglos. Tenemos información suficiente para conjeturar lo que debió de suponer para el habitante medio la caída del Imperio romano, el final de Bizancio o el resquebrajamiento del feudalismo, por poner solo algunos ejemplos clásicos, cuando se transformaron los modos de vida por los que se habían regido las existencias y anhelos de millones de habitantes durante generaciones; y conocemos también que las nuevas seguridades que proponían el Renacimiento, la Ilustración y el liberalismo se fueron configurando lentamente y generaron rechazos en grandes grupos de población.

Los economistas sostienen que nuestros problemas se solucionarán en la medida que encontremos una salida a la crisis del sistema económico en el que vivimos, y plantean como solución la transformación del sistema productivo, proponiendo hacerlo menos agresivo con el medioambiente y más justo (capitalismo con rostro humano). Los sociólogos urgen a reducir la pobreza y las desigualdades a fin de crear un mundo más digno en el que se reconozcan las diferencias. Los politólogos reflexionan sobre qué se debería hacer para construir un sistema de representación que reconecte la oferta política con las demandas sociales. Los internacionalistas afrontan el reto de reajustar las realidades políticas nacionales con un mundo económico globalizado. Los filósofos indagan qué paradigma deberíamos imaginar para superar los postulados de la modernidad. Los antropólogos exploran cómo se podría construir un mundo en el que quepan las diferentes culturas sin someterlas a homogeneizaciones y aculturaciones forzosas. Y algunos historiadores venimos defendiendo desde hace años que para imaginar en libertad los posibles nuevos escenarios de futuro debemos repensar las interpretaciones de las historias escritas hasta la fecha (GUILD-ARMITAGE, 2016; BOOWDEN, 2017; ALMEIDA, 2014).

El drama en el que vivimos no se restringe a que estemos en crisis, lo que ya tiene una importancia suficiente: además, se nos han ido desmoronando muchos de los mitos en los que habíamos depositado nuestras esperanzas de cambio. Los ideales de la modernización y el progreso, que tanta fuerza cobraron durante los siglos XIX

y XX, se ha ido diluyendo lentamente. El capitalismo, el liberalismo político, el socialismo o el comunismo han dejado de percibirse como modelos de futuro por muchos grupos sociales. Los más jóvenes no se sienten representados políticamente por los partidos actuales y no tienen muchas esperanzas de encontrar un puesto de trabajo fijo que les dé la oportunidad de vivir mejor que sus padres, motivo que les lleva a optar, en buena medida, por disfrutar del momento (CRUZ, 2018). Quienes están a punto de finalizar su etapa laboral activa sueñan con jubilarse, sienten que han llegado al final de su vida, lo cual es inexacto pues, en promedio, les quedan al menos veinte años por delante. Este panorama de falta de un horizonte ilusionante explica el renacimiento de los nacionalismos y los sentimientos religiosos en muchos sectores sociales, prescindiendo de su edad. La patria es contemplada por muchos como la solución para volver a unir las sociedades plurales en las que vivimos; y los dioses se vuelven a percibir como una tabla de salvación ante el fracaso de las soluciones ofrecidas por los seres humanos. Vivimos, por tanto, en tiempo de nostalgia, de recuperación de las utopías marchitas del pasado; tiempo de «retrotopía», según palabras de Zygmunt BAUMAN (2017). Estamos obligados a vivir en el presente. Nos han robado el futuro. La desesperanza se ha apoderado de muchos. La depresión va camino de convertirse en la enfermedad más letal y generalizada, causante del mayor número de bajas laborales en el mundo. A punto de finalizar la segunda década del siglo XXI, no ha surgido una utopía en la que confiar, un proyecto de futuro a largo plazo que nos ilusione (LANCEROS, 2017). El proceso de desmodernización al que estamos asistiendo nos está dejando sin ilusiones, sin metas, sin sueños por los que vivir (RABKIN y MINAKOV, 2018). En otros momentos del pasado se construyeron utopías diversas, se dibujaron cómo debían ser las estaciones de término de nuestro viaje como sociedad. La ilusión del Renacimiento ayudó a despertar a miles de campesinos del largo sueño de la Edad Media; las tensiones de las sociedades de privilegios y desigualdades del Antiguo Régimen terminaron cuando la Revolución francesa en el continente europeo y las revoluciones de independencia en el continente americano crearon esperanza a millones de súbditos que soñaron con convertirse en ciudadanos de Estados modernos, basados en la igualdad, la justicia y la solidaridad; y cuando el capitalismo entró en su etapa más dura a partir de mediados del siglo XIX, millones de obreros trataron de mejorar su situación presumiendo que era posible construir un mundo mejor partiendo de las tesis marxistas, socialistas o comunistas (BLAIM, 2017; CIORAN y SELIGSON, 1995).

La construcción de un mito con el que las sociedades puedan volver a soñar durante las próximas generaciones es una tarea sumamente compleja que involucra transversalmente a muchos actores. No solo se requiere una buena dosis de inteligencia, sino que además se debe alcanzar el consenso necesario para que el proyecto sea aceptado. Los medios de comunicación facilitarían el proceso si se hubiera imaginado ya la nueva utopía, pero todavía no existe. A comienzos del siglo XXI, quienes han tratado de prever el futuro del mundo a menudo se han limitado a proyectar las visiones que hemos construido del pasado. Es la falacia en la que han caído buena parte de los constructores de distopías, motivo por el cual no es casual que sus obras vayan acompañadas de una buena dosis de nostalgia. Pensar el futuro recreando el pasado es como tratar de conducir un automóvil con el parabrisas opaco y guiándonos solo por las imágenes que se proyectan en los retrovisores.

El problema añadido es que las narrativas que tenemos del pasado no reflejan solo «lo que pasó», no son las construcciones veraces y científicas que nos aseguraron que eran, sino, en buena medida, interpretaciones interesadas, construidas en cada momento para responder a las necesidades e interrogantes planteados por los respectivos presentes (SET, 2017; WHITE, 1995; MUNSLOW, 2007). Las imágenes que vemos en los espejos retrovisores están deformadas. Para entender por qué la historia genera estas distorsiones hay que explicar que existe un diálogo continuo y recíproco entre los futuros imaginados por las sociedades y las narraciones construidas por los historiadores para demostrar que el presente en el que se vive es la consecuencia lógica de los procesos de cambio del pasado (KOSE-LLICK, 1985 y 2003; LORENZ y BEVERNAGE, 2013).

El presente no es por tanto una casualidad, sino la consecuencia lógica del devenir histórico. Por ello, los relatos históricos nacidos con el advenimiento de la Ilustración y las revoluciones liberales explican que si se ha llegado hasta el momento actual, se debe a largos siglos de esfuerzos, luchas y batallas. Se presenta como el triunfo del bien sobre el mal, el progreso sobre el atraso, la civilización sobre la barbarie, el desarrollo sobre el subdesarrollo, el orden sobre el desorden (RABASA *et al.*, 2011). Como puede comprenderse, las narraciones historiográficas adquirieron mayor capacidad de seducción en la medida que bucearan lo más posible en tiempos remotos. Un país con una historia de cincuenta años se presentaba con un menor peso y, por consiguiente, con menos prestigio y credibilidad que otro capaz de presumir de un pasado de siglos. No hace falta re-

cordar que estas narraciones partían de la concepción de que existía solo una historia en singular basada en el progreso y la modernidad aplicables a toda la humanidad y entendidos además como únicos. Ello permitió establecer con suma facilidad un orden jerárquico y evolutivo que diferenciaba a los países que habían alcanzado metas altas de desarrollo y a los que por cualquier circunstancia se encontraban en estadios anteriores. Se construyó un marco clasificatorio como el que hicieron los coleccionistas ilustrados de finales del siglo XVIII. La historia del mundo se organizó como en un museo, mostrando en vitrinas la evolución de las sociedades (CARR, 2017; CHAKRABARTY, 2000). En un relato unilineal aparecía como crónica de la transformación de las comunidades de cazadores-recolectores a bandas, tribus, jefaturas y Estados, según la denominación que hizo el antropólogo estadounidense Elman Service a mediados del siglo XX (SERVICE, 1984). La evolución iba siempre de lo simple a lo complejo, pero se dejaba claro que el punto de llegada era siempre el mundo occidental atlántico y, en particular, el liberalismo económico y el liberalismo político.

El quehacer de los historiadores profesionales del mundo occidental atlántico que nacieron con el Estado moderno a comienzos del siglo XIX se centró además en tratar de construir un sentimiento integrador, una identidad compartida, capaz de ofrecer una cohesión a los ciudadanos que se estaban forjando. La esperanza en un futuro único necesitaba inevitablemente anclarse en la existencia de un horizonte compartido por todos los grupos sociales. Los nuevos Estados modernos demandaban una sociedad homogénea para legitimarse. Un futuro único exigía un pasado indiviso, pero como las sociedades a comienzos del siglo XIX eran plurales y desiguales, se tuvo que inventar, imaginar, en palabras de Benedict ANDERSON (1993), una nación integradora. Había que explicar de qué forma los siervos de un señor, los súbditos de un rey, los vecinos de una ciudad o los miembros de una corporación se debían convertir en ciudadanos de un Estado, iguales ante una misma ley (constitución). Había que superar las territorialidades hasta entonces existentes, basadas en la pertenencia a cabildos, corporaciones, señoríos, audiencias, virreinos, capitánías o diferentes conjuntos socioculturales (república de indios o de españoles en el continente americano). El Estado moderno precisaba de un sentimiento común compartido y unificador. Los historiadores fueron los hacedores de las narraciones adecuadas para ayudar a crear la nación, y las escuelas se ocuparon de difundirlas. Se argumentó, para dotar de mayor potencia

narrativa al relato, que la nación era un precedente del Estado y que toda nación necesitaba conquistar el Estado que le correspondía (BERGER, 2007; BERGER y CONRAD, 2015). El Estado-nación, que alcanzó su forma más elaborada a comienzos del siglo XIX, fue presentado, así, como el resultado de miles de años de maduración y se explicó que si en ciertas regiones, por diferentes avatares, se había perdido la conciencia de nación o se había desconfigurado, era necesario recuperarla. Unos historiadores (modernistas) defendieron la tesis, para el caso europeo, de que durante la Edad Media la unidad del Imperio romano se fragmentó, generándose una miríada de microunidades locales y que fue durante el Renacimiento cuando comenzaron a construirse las nacionalidades como una extensión de las territorialidades políticas de los reinos; y otros (medievalistas) subrayaron que precisamente los inicios de la configuración de la nación había que buscarlos en los siglos XII-XV.

Para explicar las realidades del continente americano se llegó por lo general al consenso de fijar los inicios del Estado moderno en la época de las revoluciones de independencia y se insistió en la idea de que las naciones se habían ido formado lentamente desde el siglo XVI y que, por tanto, lo único que se hizo a comienzos del siglo XIX fue recuperar el poder y la soberanía que el sistema imperial de la monarquía hispánica les había arrebatado. Los siglos XVI al XVIII fueron así etiquetados por esta historiografía de «etapa colonial» e identificados como la Edad Media americana (señorial, feudal). Lo específico en este caso es que como las nuevas naciones no podían ser una mera extensión de las poblaciones originarias americanas (las naciones independientes decimonónicas no podían reclamar únicamente que eran herederas de las culturas preoccidentales), ni tampoco debían aparecer como una extensión de las sociedades de la monarquía imperial de la península ibérica (la independencia suponía el rompimiento de los lazos con la madre patria), se tuvo que inventar, imaginar, una identidad colectiva alternativa capaz de integrar de alguna forma a unas y otras. Fue así como se llegó al convencimiento de que las naciones de las recién creadas repúblicas americanas independientes debían estar basadas en una síntesis, un mestizaje (la *raza cósmica*, en palabras de José de Vasconcelos) de todas las poblaciones que habitaban en el continente y que procedían de los espacios tanto americano como europeo, africano y asiático (PÉREZ VEJO y YANKELEVICH, 2017).

A su vez, el proceso de configuración de la identidad nacional se terminó de perfilar con la incorporación del principio de la

movilidad social. Al imaginar un futuro basado en la libertad y la igualdad, se abrió la ventana de oportunidad no solo de integrar a los distintos habitantes del continente que hasta entonces habían vivido con identidades diferenciadas, sino además de permitir el cambio social. El esfuerzo individual y el trabajo de las personas sustituyó a las lógicas de las estructuras sociales del pasado, basadas en la preservación de los privilegios y las diferencias, y en las lógicas estamentales de Antiguo Régimen, los privilegios y las relaciones familiares, corporativas, étnicas, religiosas y culturales. Nació en teoría una sociedad culturalmente homogénea en la que las diferencias se debían establecer en adelante partiendo del diferencial de ingresos (sociedad de clases). El diseño de un futuro de libertad y de cambio se convirtió en el elixir que produjo una masiva borrachera de ilusiones extendida por el continente, provocando el olvido de los oscuros y diversos presentes en los que vivían millones de personas.

Los historiadores se centraron en ofrecer explicaciones a preguntas generales que tenían como misión demostrar que todos nos dirigiáramos a un mismo futuro (modernidad, progreso): ¿por qué se pasó de las sociedades de cazadores-recolectores a las sociedades agrícolas?, ¿por qué cayó Roma?, ¿por qué apareció el Renacimiento?, ¿por qué surgió la Revolución francesa?, ¿por qué se llegó a la Revolución Industrial?, ¿por qué nació el Estado moderno?, ¿por qué se dieron la Revolución rusa, mexicana, china, boliviana o cubana?, ¿por qué estallaron las crisis económicas de 1929 o la de 2008?, ¿por qué se expandieron las religiones? Todos los relatos explicativos que se construyeron nacieron de preguntas y preocupaciones del presente, pero como los presentes fueron cambiando, las preguntas formuladas también lo hicieron. Los hechos no estaban en discusión; variaban las interpretaciones. Cada historiador seleccionaba unos acontecimientos diferentes que le ayudaba a demostrar su propia tesis.

Además, es necesario añadir que para entender la complejidad de las narrativas historiográficas se debe explicar para qué y cómo realizaron sus preguntas los historiadores. Si se planteó saber por qué se llegó a la crisis de 1929, es porque era preciso encontrar soluciones a las tensiones y los cuellos de botella surgidos en una etapa del capitalismo; si se indagó en los motivos de la Revolución francesa de 1789, la rusa de 1917, la mexicana de 1910, la china de 1949, la boliviana de 1952 o la cubana de 1959, es porque se quería saber cuáles fueron las contradicciones sociales, económicas

y políticas que desembocaron en esos resultados y cómo se podían solucionar tales conflictos; si se pretende descubrir por qué se ha llegado a estos niveles de desafección política a comienzos del siglo XXI, es porque se necesita encontrar un modelo de convivencia que acabe con las tensiones sociales que se han generado.

Sin embargo, los retos a los que se enfrentan los historiadores en el siglo XXI no terminan aquí, pues es preciso recordar que los *porqués* y los *paraqués* mencionados partieron de la aceptación de que el paradigma de la modernidad y el progreso eran los únicos ejes explicativos posibles de la evolución para toda la humanidad. Los textos de la *Crítica de la razón pura* de Immanuel Kant y la *Filosofía de la Historia* de Georg Wilhelm Friedrich Hegel han perdido su potencia de antaño para construir nuestras nuevas narrativas una vez constatado que se basaban en visiones eurocéntricas supremacistas, puesto que no solo no incluían las formas de ver el mundo del resto de las culturas, sino que las rechazaban. Martín Lutero habló de ser humano y de Dios en singular. Jean-Jacques Rousseau defendió que el ser humano nacía libre, refiriéndose a la humanidad, sin distinguir la existencia de diferencias entre las culturas. Adam Smith sostuvo que con la expansión de los mercados y la economía capitalista surgieron y se afianzaron las clases sociales. Partió, por tanto, de la aceptación de que la expansión del mercado generaba siempre un mismo efecto independientemente de la cultura donde se diera. Como hoy día hemos podido comprobar que esto no es cierto, que no existe una única historia, un solo presente y un único futuro, a comienzos del siglo XXI resulta imposible seguir conjugando el verbo *historiar* en singular.

¿Qué es lo que sucede, por tanto, si partimos del planteamiento de que el modelo económico capitalista y el modelo político liberal no han sido capaces de alcanzar los ideales fundacionales (economías competitivas, sociedades pacíficas y sistemas de representación transparentes y justos) con los que nacieron a comienzos del siglo XIX? La situación actual en todo el mundo nos muestra precisamente que nos hemos distanciado de algunos de aquellos ideales y, en consecuencia, se nos abren nuevos interrogantes. Hemos narrado que la Revolución francesa luchó por la libertad, la igualdad y la fraternidad, y para demostrarlo se construyó el relato de que las sociedades posrevolucionarias fueron más libres, iguales y solidarias que las precedentes. Fue así como se escribió un relato negativo de las sociedades de la Edad Antigua, feudales, de Antiguo Régimen, y de las culturas no occidentales, cuyo eje central fue til-

darlas de premodernas, sociedades poco complejas. No obstante, un estudio más atento de estas etapas nos enseña que no podemos seguir analizando las sociedades preliberales y precapitalistas partiendo de los conceptos de la modernidad y del progreso de los siglos XIX y XX; ni seguir construyendo oposiciones binarias reduccionistas entre civilización y barbarie, riqueza y pobreza. Debemos salir de la caverna de Platón y dejar de ver solo las sombras que se reflejan en el muro que tenemos delante y que se nos ha mostrado como la realidad (REES, 2018).

Es cierto que las sociedades preliberales no estaban compuestas por una nación única y que no se regían por una constitución, por lo cual, al no haber ciudadanos iguales ante la ley, coexistían vecinos y súbditos de diferentes culturas con códigos de conducta distintos, pero este hecho no conlleva necesariamente que vivieran en un escenario de anarquía, desorden o tiranía. En Toledo en el siglo XIV, Alcalá de Henares en el siglo XV, la ciudad de México en el siglo XVI y Cusco en el siglo XVII convivían diferentes culturas, religiones y lenguas. Había conflictos, pero eran diferentes de los actuales y también se resolvían de distinta manera. Al no haber un Estado-nación, existía un mayor margen de gestionar las diferencias. Como había soberanías compartidas, identidades múltiples y códigos de conducta diversos, cabía la posibilidad de llegar a acuerdos particulares negociados para resolver una situación de conflicto específico en un momento dado sin tener que partir de la aplicación de una norma de conducta general y única. Las ideologías y los partidos políticos no tenían sentido en estas sociedades al no haber una nación, una ciudadanía, un sentimiento compartido de pertenencia.

Asimismo, es perentorio poner en tela de juicio el debate continuo sobre lo que sucedió en el pasado. Acumular cuanta mayor información posible procedente de los archivos y contrastar las interpretaciones realizadas por otros historiadores es sin duda una tarea útil y necesaria, pero no suficiente. Culpar al presente de lo que sucedió hace cientos de años no demuestra más que un hecho: la historia se utiliza por algunos actores de forma partidista para defender banderas y sentimientos nacionalistas contruidos en el siglo XIX. Pedir disculpas por sucesos acaecidos hace miles o cientos de años y judicializar el pasado puede servir para potenciar un proyecto político nacionalista concreto en el corto plazo, pero no nos ayuda a construir un mundo globalizado en el que convivan las sociedades plurales. Lo que los historiadores necesitamos tener claro en nuestro trabajo en archivos a comienzos del siglo XXI

es qué ideal de futuro defendemos, qué utopía queremos ayudar a construir. En ninguna ciencia se puede concretar una pregunta sin partir previamente de por qué y para qué se quiere plantear. De este modo y solo entonces estaremos en disposición de viajar de nuevo al pasado para encontrar antecedentes legitimadores de nuestras ensoñaciones.

Una vez que hemos puesto de relieve que el futuro que imaginábamos como real y único era fruto de una ensoñación compartida y repetida como un mantra para tratar de convencernos de que estábamos en lo cierto, el relato del pasado mostrado como científico por los historiadores positivistas se hace añicos. Es inútil tratar de recomponer el puzle partiendo de nuevos paradigmas. Carece de sentido. Tenemos que construir otro ideal de futuro y narrar otras historias pero, como he señalado, nos encontramos ante el drama de que no se ha configurado una utopía o utopías alternativas que guíen nuestras esperanzas durante al menos los próximos lustros. En consecuencia, los historiadores nos hallamos en una especie de dique seco en el que todavía no vemos con claridad qué historias debemos narrar puesto que ignoramos qué futuro necesitamos imaginar.

En la actualidad, los especialistas en prospectiva han construido diferentes escenarios posibles de futuro. Unos imaginan que el futuro de la humanidad camina inevitablemente hacia la unificación y la homogeneización, partiendo de la tesis de que las formas económicas capitalistas se han globalizado, por lo cual las culturas deberán inevitablemente adaptarse a sus reglas en el medio y largo plazo. Sostienen que caminamos hacia una aculturación planetaria, pero no se ponen de acuerdo sobre si el nuevo centro de la humanidad estará en Occidente o en Oriente. En consecuencia, dado que imaginan que habrá un mundo unificado, tendríamos que narrar una historia legitimadora universal y única (ATTALI, 2006; PIQUÉ, 2018; GALBRAITH, 1996; BAÑOS, 2018; CHRISTIAN, 2019). El problema es que estos análisis de prospectiva se basan en su mayoría en una mera proyección lineal de algunas interpretaciones del pasado hacia el futuro, sin realizar previamente una crítica y sin haber todavía construido un modelo al que se debería llegar, una utopía.

En contraposición, otros académicos prospectivistas han aventurado que el futuro estará compuesto por la convivencia de múltiples culturas con temporalidades distintas. En este futuro, además, coexistirán identidades plurales cruzadas una vez que los naciona-

lismos hayan perdido la potencia integradora del pasado. Viviremos, según esta visión, en un planeta donde las distintas culturas convivirán en un mismo espacio y tiempo, manteniendo proyectos civilizatorios diferentes. En consecuencia, los historiadores deberían narrar tantas historias legitimadoras como proyectos de futuro imaginen los distintos actores (ANDERSON, 2016; MOSCOSO, 2017). De nuevo nos encontramos que se ha identificado el *cómo* pero no el *para qué*, puesto que no se explicita de qué proyectos de futuro se habla.

Un tercer grupo de analistas imagina que viviremos en un mundo global con ciertas reglas económicas comunes, pero en el que las nuevas comunicaciones permitirán la expansión y profundización de sentimientos micro de pertenencia a territorios, grupos sociales, culturas, religiones, etnias, género y un sinfín de posibilidades. Reclaman que ante este caleidoscopio de culturas e identidades habrá que impulsar un humanismo de tercera generación que sea capaz de potenciar unos valores éticos universales que permitan la convivencia dentro de la pluralidad y el reconocimiento de los diferentes derechos individuales (HARARI, 2018; MARINA y RAMBAUD, 2018). Será imprescindible construir una historia compleja, capaz de dar voz a todos los actores; una historia global con infinitud de percepciones; una narrativa que supere los relatos unificadores nacionalistas excluyentes, basados en procesos de aculturación. Pero una vez más parece que se define bien el *cómo* y sigue sin haber un relato de la utopía que se quiere perseguir

El primer grupo de pensadores, defensores de la unidad de la Historia, tendrían que enfrentarse al reto de explicar cómo se logrará expandir el sistema de representación político liberal democrático sobre la enorme diversidad de culturas que existen en el mundo sin generar convulsiones violentas y cómo se superarían las actuales fronteras de los Estados-nación sin causar movimientos de rechazo. Nuestro mundo se enfrenta a una tensión cada vez más fuerte entre la existencia de un mercado global capitalista sin fronteras que se expande y los Estados-nación con límites territoriales definidos, que luchan por mantener sus privilegios y diferencias refugiándose dentro de sí para tratar de subsistir. A su vez, constatamos que las migraciones masivas han tensionado los sistemas de representación liberales competitivos, puesto que los migrantes, desde finales del siglo XX y en un proceso que se percibe en aumento en lo que llevamos del siglo XXI, quieren preservar sus costumbres en los Estados a los que llegan, generando guetos. La experiencia de las grandes

migraciones de finales del siglo XIX y los siglos precedentes fue diferente: los migrantes se adaptaban a los lugares de llegada, se aculturaban, pues entendían que allí vivirían durante muchos años y allí nacerían sus hijos y posiblemente sus nietos. Habían llegado a su punto de destino. La falta de comunicaciones rápidas y baratas hizo además que cortaran los lazos emocionales con sus lugares de partida. La realidad actual ha cambiado. Los migrantes no saben por cuánto tiempo van a radicar en el espacio al que han llegado y, por tanto, carecen de interés por aprender el idioma y aceptar las costumbres del país de recepción; la facilidad de las comunicaciones logra además que se puedan seguir alimentando las relaciones emocionales con sus lugares de partida y con sus convecinos en el lugar de llegada.

Hace pocos años, Dani Rodrik planteó que nos enfrentamos a un complicado trilema, puesto que la expansión del mercado necesita la disminución de la soberanía de los Estados; la defensa de las fronteras del Estado detiene la expansión del capitalismo; y la globalización pone en cuestión la eficacia de la democracia para resolver los conflictos por atenerse a fronteras nacionales. La solución deberá pasar inevitablemente por la creación de una gobernanza global con instituciones supranacionales (RODRIK, 2011). Como siempre, es una solución fácil de enunciar pero difícil de instrumentalizar. No es sencillo cambiar los Estados-nación ni modificar los sentimientos nacionalistas, pues los sistemas educativos siguen inculcando valores de amor a la patria y rechazo al extranjero.

Por su parte, quienes sostienen la tesis de que nos encaminamos hacia un mundo plural y diverso tendrían que aclarar de qué modo se podría seguir ampliando una sociedad de consumo universal con reglas capitalistas en un ámbito global con comportamientos e identidades diferentes. Si los defensores de la unidad se ven compelidos a sostener tesis supremacistas, los seguidores de la diversidad no por casualidad acaban defendiendo tesis anticapitalistas.

De lo que no cabe duda es de que la nación ha dejado de ser el objeto central de estudio del historiador. El concepto de ciudadanía homogénea ya no resulta operativo. Estamos ante identidades múltiples que coexisten al mismo tiempo y que tienen temporalidades distintas. Si no hay que cultivar una historia nacional, ni una historia mundial única, ni una historia regional (nacional en pequeño), ¿qué nos queda? ¿Una historia de los distintos colectivos, corporaciones o conjuntos de identidades? De ser así, nuestra historia

serviría para desunirnos, pues nos dedicaríamos a señalar las diferencias. Construiríamos un mundo de irreconciliables, una suma de conjuntos distintos desconectados entre sí. La solución parece que debería venir de la conexión de una narrativa global (cómo se ha ido interconectando el mundo) y del rescate de la identidad del individuo. Si suprimimos la nación y las clases sociales, aparece el individuo. Pero hemos de recordar que el individuo no puede vivir aislado, desconectado. Por tanto, los historiadores debemos dotar al nuevo individuo del futuro de un pasado que legitime su identidad. Si aceptamos que la utopía que imaginamos como meta para el futuro es un mundo global sin fronteras, de respeto y reconocimiento de las diferencias, interconectado, de dignidad, sin pobreza, respetuoso con el medio ambiente, no podemos seguir narrando historias nacionales excluyentes que enfrentan a colectivos, ni construyendo una historia de luchas de clases.

Los historiadores hemos ensayado historias universales, globales, nacionales, regionales, locales, temáticas, por sectores, por épocas; hemos empleado todo tipo de metodologías; y nos hemos adaptado a todo tipo de novedades como la posmodernidad, la poscolonialidad, la subalternidad, el giro lingüístico, el giro social, el giro cultural, el giro global, el giro emocional, el giro cognitivo, etc., pero seguimos sin ser capaces de responder con claridad a la pregunta de *qué* debemos hacer porque no disponemos del *para qué* correspondiente. Nos falta conectar la experiencia y la metodología de la Historia acumuladas durante los últimos doscientos años con las formas de pensar que plantea la prospectiva en la actualidad (PÉREZ HERRERO, 2016 y 2018; BURKE, 2019).

No acaban los problemas aquí, sin embargo. Si fuésemos capaces de resolver qué historia debemos narrar, nos enfrentaríamos a otros retos complicados de superar. Si se optara por una historia unificadora nacionalista o plural, deberíamos preguntar qué Estado se prestaría a aplicar políticas educativas desnacionalizadoras o diversificadoras. En la actualidad, las narrativas nacionalistas siguen insistiendo en la necesidad de construir un pasado glorioso para proyectarlo al futuro. Repiten una y otra vez relatos supremacistas nacionalistas, pensando que con este ejercicio alcanzarán el futuro imaginado, pues tienen claro que la misión es formar ciudadanos que vibren y se hipnoticen con banderas, himnos y discursos fáciles de entender por su simplicidad. Las consignas sustituyen a las ideas; el presentismo se impone; el reconocimiento de las diferencias (culturales, de género, religiosas, de modelo de desarrollo, de opciones

políticas) se interpreta como una claudicación de los valores patrióticos, la renuncia al legado de nuestros mayores, la traición a la tradición, el desvío de un camino trazado por un dios supremo. Se acaba defendiendo que el futuro no puede ser otra cosa que una repetición del pasado, una retrotopía (BAUMAN, 2017). Recientemente, Francis Fukuyama (2019) ha salido de nuevo a la palestra para defender la tesis de que este trilema de Rodrik solo se puede resolver aplicando políticas públicas adecuadas que vuelvan a fomentar la unidad identitaria cultural basada en los valores democráticos y eviten la extensión de los guetos y las subculturas propiciadas por los inmigrantes.

Cabría formular otra pregunta: ¿la historia universal única que algunos proponen sería aceptada fácilmente por los ciudadanos del siglo XXI cuyos sentimientos de pertenencia a una clase o de adscripción a una ideología se han transformado? La autodefinición frente a variables como el género, la edad, la religión, el medio ambiente, la paz, la igualdad, el paro, las pensiones, la sanidad, la educación, la seguridad y un largo etcétera muestra que nos hallamos en presencia de identidades múltiples con una alta volatilidad. Las manifestaciones de apoyo a la igualdad, contra la guerra o en defensa del feminismo son capaces de reunir en un momento dado a cientos de miles de personas de diferentes edades, género, religiones, clases sociales o concepciones para reivindicar algo en lo que están unidas, pero al día siguiente se evapora esta aparente unidad ante una nueva convocatoria, que conforma una nueva masa de personas integrada por participantes diferentes que reclaman otro derecho o señalan un ideal en el que coinciden en ese momento. La narrativa legitimadora que es útil para explicar un movimiento social un día se desvanece al día siguiente al mutar hacia otro discurso. Las narrativas nacionalistas excluyentes con tonos patrióticos ya no sintonizan bien con toda la juventud educada en un mundo más plural e interconectado.

Resulta igualmente complicado definir el formato en el que debemos trabajar los historiadores. Si una de nuestras pretensiones es legitimar con los hallazgos de nuestras investigaciones la nueva utopía que se ha imaginado, ¿tiene sentido seguir publicando en papel obras históricas eruditas, con numerosas notas a pie de página indicando con exactitud el documento del archivo consultado para demostrar que lo que se dice es verdadero, en la esperanza de que el gran público las lea? Si parte de la misión de los historiadores es ayudar a dar respuestas a las grandes preguntas políticas e identitarias de las sociedades contemporáneas, en un mundo de

imágenes como en el que vivimos, ¿no deberíamos producir guiones de películas o series televisivas para conseguir que nuestros hallazgos sean compartidos por amplios colectivos?; ¿no deberíamos convertirnos en novelistas?; ¿no deberíamos atrevernos a optar por exponer nuestras ideas en cortos mensajes en las redes sociales? Seguramente, parte de nuestro trabajo como historiadores seguirá dedicado a investigar en archivos y todo tipo de fuentes imaginables, y continuaremos intercambiando *on line* nuestros hallazgos con los compañeros de profesión para reducir costes, agilizar las comunicaciones y compartir avances y metodologías. Pero, a la vez, tendremos que aprender a difundir mejor nuestros logros y a conectar de forma más ágil con la sociedad. El relato científico nos ha dado veracidad al permitir que nos presentemos como un gremio preparado que sabe utilizar metodologías sofisticadas, pero nos ha alejado de nuestros potenciales lectores. Quizá la solución sería comenzar a trabajar en equipo y de forma interdisciplinar para combinar las distintas habilidades de cada colectivo.

Por último, hemos de debatir sobre el papel que deberán desempeñar las asignaturas de Historia en las escuelas e institutos. Hasta ahora las aulas servían de forja para la creación de sentimientos nacionalistas, pero comprobamos que las identidades se construyen además recurriendo a otras herramientas, como los medios de comunicación, las redes sociales, internet, la televisión, la familia, los amigos, los viajes, las lecturas, el cine y demás. Desconocemos si internet ayudará a cambiará estas emociones y sensaciones, abriendo espacios de libertad y pluralidad, o acabará siendo una plataforma dirigida por un puñado de operadores mundiales capaces de imponer discursos simplificadores, dirigidos a fomentar la individualización y el consumo como elemento central de la identidad. Lo que resulta indudable es que no parece posible que los sentimientos nacionales basados en relatos supremacistas y xenófobos puedan seguir siendo aceptados en un mundo cada vez más interconectado y globalizado; pero tampoco de momento parece viable generar una identidad basada en la ciudadanía universal cuando observamos que cada día se potencian las diferencias y el reconocimiento de las alteridades (DELGADO y RIVERA, 2018).

Este libro de Eduardo Cavieres que tengo el agrado de presentar aborda muchas de las preguntas planteadas y las resuelve con la inteligencia y la profesionalidad de un historiador experimentado. Está escrito en un estilo directo que busca provocar y generar más preguntas en el lector. No elude los problemas, sino que se enfrenta

a ellos. Es una obra de reflexión, escrita tras una vida de trabajo en archivos y docencia en distintos foros de América Latina, Estados Unidos y la Unión Europea. Se merece una lectura pausada: para disfrutar, para aprender.

Tuve el privilegio de conocer a Eduardo Cavieres el 11 de marzo de 2004 cuando salíamos de las clases que impartíamos en un Máster en Historia del Mundo Hispánico en el viejo edificio del CSIC de la calle Medinaceli, número 6, en el centro de Madrid, organizado por la entonces Fundación Mapfre Tavera y la Fundación Carolina. Desde aquel momento no hemos dejado de conversar bien en Chile, bien en España, y hemos acabado siendo amigos. Es un placer haber compartido comidas y paseos con Eduardo y Gladys. Gracias, Eduardo, por tu generosidad e inteligencia, por compartir tan buenos ratos conversando de lo divino y lo humano en los lugares más dispares, pero siempre teniendo como meta nuestro compromiso de aprender a comprender el mundo y nuestra ilusión utópica de tratar de cambiarlo para hacerlo más digno. Siempre en nuestro papel de historiadores comprometidos. Este libro refleja muchas de las conversaciones. Gracias, Eduardo, por haberlo escrito.

Referencias bibliográficas

- ALMEIDA, Gisele Iecker de (2014), «Futuro e história: análise da temporalidade atual», *História da Historiografia* 0, núm. 15 (8 de mayo), pp. 51-69.
- ANDERSON, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ANDERSON, Perry (2016), *Los orígenes de la posmodernidad*, Madrid, Akal.
- ATTALI, Jacques (2006), *Une brève histoire de l'avenir*, Paris, Fayard.
- BAÑOS, Pedro (2018), *El dominio mundial. Elementos del poder y claves geopolíticas*, Barcelona, Ariel.
- BAUMAN, Zygmunt (2017), *Retrotopía*, Barcelona, Paidós.
- BERGER, Stefan (ed.) (2007), *Writing the Nation: A global perspective*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- BERGER, Stefan, y CONRAD, Christoph (2015), *The Past as History: National Identity and Historical Consciousness in Modern Europe*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- BLAIM, Artur (2017), *Utopian Visions and Revisions: Or the Uses of Ideal Worlds*, Frankfurt am Main, Peter Lang Edition.
- BOWDEN, Brett (2017), *The Strange Persistence of Universal History in Political Thought*, Cham, Springer International Publishing.

- BOYM, Svetlana (2015), *El futuro de la nostalgia*, Madrid, Antonio Machado Libros.
- BURKE, Peter (2019), *Escribiendo historia en el siglo XXI. Desafíos y respuestas*, Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.
- CARR, David (2017), «Historical Teleology: The Grand Illusion», *History and Theory* 56, núm. 2, pp. 307-317.
- CHAKRABARTY, Dipesh (2000), *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, N. J., Princeton University Press.
- CHRISTIAN, David (2019), *La gran historia de todo*, Barcelona, Crítica.
- CIORAN, E. M., y SELIGSON, Esther (1995), *Historia y utopía*, Barcelona, Tusquets Editores.
- CRUZ, Manuel (2018), *Ser sin tiempo*, Barcelona, Herder.
- DELGADO, Ander, y RIVERA, Antonio (eds.) (2018), *¿Qué saben de su historia nuestros jóvenes? Enseñanza de la Historia e identidad nacional*, Granada, Comares.
- FUKUYAMA, Francis (2019), *Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*, Barcelona, Deusto.
- GALBRAITH, John Kenneth (1996), *Una sociedad mejor*, Barcelona, Crítica.
- GULDI, Jo, y ARMITAGE, David (2016), *Manifiesto por la historia*, Madrid, Alianza Editorial.
- HARARI, Yuval Noah (2018), *21 lecciones para el siglo XXI*, Barcelona, Debate.
- KOSELLECK, Reinhart (1985), *Futures Past: On the Semantics of Historical Time. Studies in Contemporary German Social Thought*, Cambridge, Mass., MIT Press.
- (2003), *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-Textos.
- LANCEROS, Patxi (2017), *El robo del futuro. Fronteras, miedos, crisis*, Madrid, La Catarata.
- LORENZ, Chris, y BEVERNAGE, Berber (eds.) (2013), *Breaking up Time: Negotiating the Borders between Present, Past and Future*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.
- MARINA, José Antonio, y RAMBAUD, Javier (2018), *Biografía de la humanidad. Historia de la evolución de las culturas*, Barcelona, Ariel.
- MOSCOSO, Javier (2017), *Promesas incumplidas. Una historia política de las pasiones*, Madrid, Taurus.
- MUNSLow, Alun (2007), *Narrative and History*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- PÉREZ HERRERO, Pedro (2016), «Estados, naciones e historias a comienzos del siglo XXI», en Juan Ramón DE LA FUENTE y Pedro PÉREZ HERRERO (eds.), *El reconocimiento de las diferencias. Estados, naciones e identidades en la globalización*, Madrid, Marcial Pons, pp. 165-198.
- (2018), «Mirando al pasado desde un futuro que se desvanece. El equilibrio inestable del presente», en Eduardo CAVIERES FIGUEROA y Pedro

- PÉREZ HERRERO (eds.), *¿Sin pasado ni futuro? El presente pensado desde la historia y las ciencias sociales*, Madrid, Marcial Pons,
- PÉREZ VEJO, Tomás, y YANKELEVICH, Pablo (coords.) (2017), *Raza y política en Hispanoamérica*, México, El Colegio de México.
- PIQUÉ, Josep (2018), *El mundo que nos viene. Retos, desafíos y esperanzas del siglo XXI. ¿Un mundo post-occidental con valores occidentales?*, Barcelona, Deusto.
- RABASA, José; MASAYUKI, Dato; TORTAROLO, Edoardo, y WOOLF, Daniel (eds.) (2011), *The Oxford History of Historical Writing*, vol. 3, 1400-1800, Oxford, New York, Oxford University Press.
- RABKIN, Yakov, y MINAKOV, Mikhail (eds.) (2018), *Demodernization. A Future in the Past*, Stuttgart, Ibidem-Verlag.
- REES, Martin (2018), *On the Future. Prospects for Humanity*, Princeton, Princeton University Press.
- RODRIG, Dani (2011), *The Globalization Paradox. Democracy and the Future of the World Economy*, New York, W. W. Norton & Company.
- SERVICE, Elman (1984), *Los orígenes del Estado y de la civilización. El proceso de evolución cultural*, Madrid, Alianza Editorial.
- SETH, Suman (2017), «The Politics of Despair and the Calling of History», *History and Theory*, 56, núm. 2, pp. 241-257.
- WHITE, Hayden V. (1992), *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós.

PREFACIO

John Lukacs falleció en el año 2010. Antes había escrito lo que podríamos asumir como síntesis de su proyecto de vida: la historia. Al mismo tiempo que síntesis, era una especie de testamento y un nuevo llamado a la reflexión y a la puesta al día del oficio. Ni pesimismo ni optimismo desbordados. La historia como actitud y como disciplina en el presente. La necesidad de pensar hacia adelante. *El futuro de la Historia* se publicó en 2011. Es uno de aquellos libros que debieran estar en los listados bibliográficos básicos de todo estudiante de historia desde sus inicios en la formación de pregrado. El índice da cuenta perfecta de sus contenidos: desde la profesión del historiador, la aparición de la conciencia histórica, hasta la tradición, la herencia, la imaginación. El fin de una era: ¿sobrevivirá la tecnología a la historia? En medio de dos grandes temas, otros de no menos importancia: de una historia de pocos a otra de muchos; pobre enseñanza de la historia, el desconocimiento de la misma; objetividades, subjetividades, participación, idealismo; historia y novela; el futuro: búsqueda de la justicia, de la verdad; falta de perspectiva de los historiadores liberales. Y un deseo: la esperanza de que a partir de ese momento diera comienzo una nueva forma de pensar.

En general, desde 2011 la historia se ha movido y se ha conmovido a mucho ritmo, intensidad y densidad. Se van perfilando cuestiones cuando menos preocupantes, una globalización cada vez más hegemónica que reduce a los Estados nacionales a cuestiones de poder y administración política interna y sin reales proyecciones de políticas externas innovadoras e integradas entre los más débiles; serias amenazas tecnológicas o de la llamada inteligencia artificial; debilitamiento de actitudes democráticas por parte de grandes sec-

tores de la población que olvidan los significados o se sienten indiferentes ante las variadas formas de autoritarismos; fuerte ascenso de sentimientos individualistas que reducen la autovaloración de la persona y de las solidaridades en común; transformaciones radicales en las organizaciones sociales de trabajadores, cada vez con menos voces gremiales para proyectos nacionales y cada vez más superadas por nuevos movimientos emergentes desde las redes, con acciones más bien puntuales y cuyo éxito y perdurabilidad en el tiempo están supeditados, finalmente, a posibilidades económicas y la entrada de los líderes en las institucionalidades vigentes. Todo el *mundo* piensa que el *mundo* está cambiando, y la mayoría lo hace aumentando su acidez crítica, producto de una mirada pesimista sobre el futuro. En definitiva, los años siguen transcurriendo, y las posibilidades de consumo de tiempo y de bienes aminoran cada ciertas vueltas de calendario la pesadez de la vida urbana y cotidiana, y las carreteras se saturan de millones de medios de transporte que movilizan a ciudadanos deseosos de oxigenarse y descansar, aun cuando a su regreso sus niveles de endeudamiento sigan creciendo.

Tenemos espacios humanos más convulsionados y, al mismo tiempo, más diversos y coloridos. No significa más valorados. Por doquier, vuelven los fantasmas de la extrema pobreza y los movimientos migratorios masivos desde África, desde Oriente, desde el interior de América Latina, desde lugares impensados. La guerra, las dictaduras, las oligarquías que arrastran sus propios pasados, la inanición, la falta de recursos básicos para alimentar a niños y jóvenes se ven más como peligros que como una posibilidad de construir una nueva sociabilidad. Un nuevo problema añadido a todos los problemas que ya se tienen. La historia sigue avanzando...

Desde 2011, la disciplina de la historia, la historiografía en términos particulares, ¿también avanza y se transforma? Si lo hace, poco se nota. Existen más escuelas de historias, más historiadores profesionales, más investigación, más publicaciones de libros de historia, pero en la calle se habla poco de historia. La disciplina y sus cultores, incluidos los estudiantes, están arropados dentro del mercado en que se ha constituido parte importante de la intelectualidad. Incluso, se puede criticar. No hay problemas. La universidad también protege. La libertad de pensamiento es un objetivo en sí mismo. Exige, sí, una mayor subespecialización, contar con buenas redes de apoyo y mirar el mundo externo sin dejar de mostrar molestias y levantar discursos favorables a las gentes. Se cumplen de este modo las funciones sociales de la profesión. Algo así como

trazar lineamientos de la *vinculación con el medio* que los sistemas de acreditación requieren a las universidades.

Hace ya una década y media que tuve un inmenso privilegio y el mayor de los placeres: haber ingresado en el equipo dirigido por el profesor Pedro Pérez Herrero, primero en Madrid y casi de inmediato en la Universidad de Alcalá, originalmente, en el Instituto de Estudios Latinoamericanos y hoy en día, Instituto Universitario de Investigación de Estudios Latinoamericanos (IELAT) de la Universidad de Alcalá. Con Pérez Herrero, gran colega, gran y querido amigo, han sido años de un intenso intercambio de ideas respecto a lo que hacemos y a lo que debíamos hacer. Ninguno ha abandonado sus antiguas especializaciones ni sus líneas de investigación, pero ambos hemos coincidido en estar crecientemente interesados en pensar la historia desde el presente hacia el pasado. Estamos intelectual y emocionalmente parados en el presente, aquí están nuestros problemas. Ya no viajamos necesariamente al pasado a buscar temas de investigación, sino a recoger los indicios que nos permitan contextualizar adecuadamente aquello que según percibimos ocurre a nuestro alrededor. Y debo confesar: es prácticamente lo mismo, salvo que aquí todo está vivo, no hay que desenterrar; hay que indagar, conocer, comprender. Hacernos cargo de la historia. Y ello, ya definitivamente, incluye el futuro.

Producto de mi desempeño como profesor investigador invitado del IELAT y de nuestros trabajos con Pérez Herrero, han surgido los textos recogidos en este libro. Sus contenidos son diversos, pero todos concernientes a mi reflexión contemporánea sobre la historia y mis cuestionamientos respecto a su futuro inmediato, así como a la preocupación por los estudiantes, por los jóvenes, los niños que han ingresado a una vida inimaginable para la mayoría de sus padres, y qué decir si pensamos en sus abuelos. Quienes hemos vivido la apasionante experiencia de venir desde un pasado más cercano a sus propios pasados que a estos tiempos presentes, pero que, a la vez, hemos podido cruzar los tiempos para observar lo que tenemos y mirar con cautela lo que viene, poseemos casi naturalmente una conciencia del cambio, de las transformaciones. Ello nos permite observar cómo tantos miles y miles de miles de individuos, que igualmente han formado parte de nuestra generación, han perdido esa capacidad de distinguir y se han dejado deslizar por el piso resbaloso de las instituciones, transmitiendo sensaciones de no pertenencia a lo que, aparentemente, ya pasó. Creo que una de las tareas fundamentales de la historia y la historiografía es volver a insistir en

la recuperación de la conciencia individual, de la conciencia social, de la conciencia humana.

Los capítulos que componen este libro indagan en diferentes cuestiones: las relaciones entre historia local e historia global, ahora y en los nuevos requerimientos que presentan hacia adelante; los espacios públicos, la educación, la formación de una nueva ciudadanía que pueda responder a los retos anunciados por las políticas estatales, las ambigüedades que muestran los sistemas nacionales de educación, la tecnología, la inteligencia artificial, todos problemas que han tenido sus propios desarrollos desde el pasado pero que se unen en las complejidades del siglo XXI; la memoria y la historia, fundamentales en las maneras como soslayamos, cambiamos o adecuamos el pasado, nos enfrentamos o evitamos el presente, y abordamos pensar por dónde y hacia dónde transcurrimos y si tenemos o no horizontes más o menos claros para los próximos años o décadas. Vivimos vitalmente en el siglo XXI, pero estamos todavía condicionados por el siglo XIX, particularmente en lo que respecta al Estado nacional, que no se transforma, que no cede sus atribuciones esenciales, que desconoce los valores, capacidades y derechos sociales y que, por ello, no produce un ambiente lo suficientemente sustentable para ingresar, realmente, en el siglo XXI que ya lleva dos décadas recorridas. Por último, y como otro texto, planteo el problema de la historia, que no solo está en los otros: está también en el mundo intelectual, en las universidades, en los propios historiadores: ¿es posible hoy en día conocer el mundo desde una sola perspectiva disciplinaria? Así pues, se trata de capítulos sobre temas diversos que podrían leerse de forma independiente, pero cuya suma tiene un objetivo y propósito esencial: pensar la historia, que los historiadores vuelvan a comprometerse con ella y que, en definitiva, sirva para lo que debe servir: cómo enfrentar el futuro. Sabiendo leer correctamente el pasado y teniendo claridad respecto a nuestro sitio en el presente, nuestro desafío actual es mirar hacia adelante. Es lo que aporta, por lo demás, en un interesante trabajo de reflexión que agradezco, mi colega y amigo Pedro Pérez Herrero en su presentación.

Termino manifestando que todos los textos ahora recogidos los he compartido con grupos de estudiantes de posgrado: como partes de un pensamiento histórico e historiográfico en la propia Universidad de Alcalá en Madrid (España); y como unidades más elaboradas en la Universidad de San Miguel de Michoacán en Morelia (México) y en la Universidad de Concepción en Chile. Los estudiantes

los recibieron con interés y demostraron gran entusiasmo al discutir sus contenidos y problemáticas a lo largo de extensas sesiones de trabajo. Doy las gracias a esas instituciones académicas, como a tantas otras que visito periódicamente, motivado por sus amistosas invitaciones y por las siempre abiertas posibilidades de diálogo. En particular, deseo mostrar mi agradecimiento a la Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa (Perú) por su significativa invitación para inaugurar el XVIII Congreso Nacional de Historiadores Peruanos, celebrado en esa universidad en 2018. De la conferencia presentada en dicho evento surgió el estudio que se contiene en este libro respecto al Estado nacional del siglo XIX y las sociedades del siglo XXI que requieren mejores relaciones de integración y mayor conocimiento de sus vecinos en un mundo ampliamente globalizado.

Asimismo, agradezco a la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso que me permita disfrutar del gran privilegio académico de gozar de libertad personal para llevar adelante mis proyectos atendiendo a mis propias sensibilidades e intereses. Y doy las gracias, naturalmente, a la Universidad de Alcalá por proporcionarme un extraordinario ambiente propicio para reflexionar, ordenar ideas y escribir.

El deseo de Lukacs, expresado en el primer párrafo de este prefacio, obedece a una cita de Werner Heinsenberg, quien en una conferencia, poco antes de morir en 1976, manifestó «la esperanza de que a partir de ahora dé comienzo una nueva forma de pensar, algo que en nuestro tiempo ya podemos sentir, pero aún no describir». En la cita, Lukacs agregó: «Yo, donde he podido, lo he intentado» (LUKACS, 2011: 154).

Por lo que a mí respecta, doctor Lukacs, ¡estamos trabajando en ello!

CAPÍTULO 1

HISTORIA LOCAL, HISTORIA GLOBAL. ENTRE EL PASADO-PRESENTE Y LOS RETOS ACTUALES

En noviembre de 2001, el historiador Jacques Le Goff intervino en el Foro de la Academia Universal de las Culturas, desarrollado en París, para hablar sobre el problema de la mundialización, recordando las obras de Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial* (1974), y de Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo* (1979, tercer volumen). Respecto a la mundialización actual, señaló que denotaba una primacía de lo económico. Dijo: «Es una primacía relativamente reciente que surge en Occidente con el capitalismo de los siglos XVI y XVII, y que Sismondi definió muy bien a principios del siglo XIX en sus *Nouveaux principes d'économie politique* (1819): “El género humano, o toda esta parte del género humano que comercia junta y que de alguna forma no constituye más que un solo mercado”» (LE GOFF, 2001). Para Braudel, un aspecto económico, un aspecto social, un aspecto cultural y un aspecto político son cuatro órdenes esenciales de toda mundialización. Realizando una síntesis histórica de este proceso de mundialización, Le Goff señaló:

Por otra parte, [...] nos damos cuenta de que, sobre todo desde que el aspecto económico se ha vuelto primordial, la mundialización desarrolla, crea o, en todo caso, exagera la oposición entre pobres y ricos o dominantes. El empobrecimiento es un mal hasta ahora casi inevitable de las mundializaciones [...]. Las mundializaciones no solo han violado las culturas, sino también la historia. «Pueblos sin historia»: esta expresión, inventada a menudo por los colonizadores, ha herido a poblaciones que de hecho tenían una historia, a menudo

otra, una historia particular, y que fueron realmente destruidas. La destrucción de la memoria, de la historia del pasado, es algo terrible para una sociedad (LE GOFF, 2011).

Siempre es necesario situarse en el tiempo; tener en cuenta que muchas veces cuando pensamos que las cosas han sucedido mucho tiempo atrás, en realidad pasaron apenas unos años o algunas décadas antes. Para ser más precisos, en particular con la aceleración en el paso de unas generaciones a otras, siempre se está en el límite de lo que efectivamente puede ser la entrada a una nueva historia que no se genera necesariamente a partir solo de la voluntariedad de ciertos dirigentes, o de ciertos grupos sociales, sino como producto de la conjunción de una serie de variables a menudo desarrollándose en forma imperceptible o fuera de nuestras conciencias individuales o colectivas. Hoy en día pareciera que los cambios van en paralelo de una transformación bastante capital, que surge desde la vida económica, pero con implicancias que alcanzan prácticamente todos los ámbitos sociales en que participamos como sujetos históricos, activos o pasivos.

La rapidez de los cambios y la expansión de la vida material en la cual estamos sumergidos en la actualidad (más para bien que para mal) han eliminado contextos y referencias. Pareciera que la vida siempre ha sido igual y es casi inconcebible pensar en un mundo diferente al que conocemos, tanto en cuanto a los espacios como en cuanto a las realidades más inmediatas.

En el primer caso, situándonos históricamente, sabemos que ha sido largo y lento el proceso a partir del cual la gente —la gente del común— comenzó a movilizarse. En general, y todavía en el siglo XX, según los espacios que estemos estudiando, sin duda alguna en la sociedad preindustrial, sociedad tradicional, la mayoría de la gente vivió no solo una historia muy corta, sino también una historia ubicada en un espacio físico muy restringido. De hecho, según las conclusiones de ciertos intentos de medir esos espacios, se asume que la gente comenzó a cruzar fronteras y a conocer qué era lo que había en las comunidades vecinas, a desplazarse entre valles, sorteando cerros y montañas, siempre avanzando más allá aún, a partir del siglo XVIII, cuando el mundo de las ideas comenzó a movilizarse con mayor rapidez, y más todavía desde la segunda mitad del siglo XIX, con la segunda Revolución Industrial y la aparición de la máquina de vapor que permitió, entre otros avances, la irrupción del ferrocarril.